

te sacar cualquier día á relucir la música misteriosa, *Nolo* no quedó satisfecho, y después de obtener la promesa, hizo unas cabriolas sin atender á las amenazas de la seña Ramona, y se alejó silbando.



VII

Pasaron días. Las delicias de mayo esparciéronse por la aldea, y había en los árboles hoja nueva y lucente; en el mar bonanza, murmullos dulces, y en el cielo mucha luz. Los marineros estaban contentos, y mientras la *Mandila* no se apartaba de sus señoritos y trabajaba en la casa, *Tolete* solía aparejar el bote y lanzarse al agua en compañía de *Nolo*; y tal maña se daban ambos, que raro era el día que no llevaban á don José pescado fresco, y á Ana una cestita de percebes, erizos, mejillones ú otros mariscos.

Nolo, á pesar de la severidad con que le amonestaba la *Mandila* por su desparramo, ya no se mordía la lengua delante de los señores; antes bien, animado con la bondad y el cariño de Ana, andaba todo el tiempo que podía pegado á sus faldas como un perro de la casa. Tenían diálogos de este tenor:

—*Nolillo*, ¿cuándo me traes *bigaros*?

—¡Diez!... ¡Haberlo dicho... Volando!

Y sin atender razones ni esperar respuesta, echaba á correr, dando con los talones en el trasero, y al cabo de una hora volvía con la gorra llena de sabrosos moluscos. Ana se los engullía tranquilamente sentada en un banco de la huerta.

Cuando Ana observaba que *Nolo* tenía la cara sucia, cosa que era frecuente, le anunciaba un lavatorio en la alberca del jardín. Pero lo mismo era verla venir armada de pastilla de jabón y esponja, y ya *Nolo* ponía pies en polvorosa, y no era fácil darle caza, porque subía á los árboles con la rapidez de un mono.

—Baje usted ó llamo á *Tolete*...

—A ese no, que atiza...

—Pues al agua en seguida.

—¿Me ha de dejar *oler* el jabón?

—Sí; pero antes hay que lavarte.

—¿Y si me pican los ojos ¡diez! como el otro día?

—No tengas cuidado.

Ana encaminábase hacia el caño, y *Nolo*, ya blando y convencido, bajaba del árbol, corría hacia ella, y al poco tiempo ya estaba desnudo de medio cuerpo arriba, con la cabeza envuelta en los copos de espuma que levantaban al frotar las manos de la joven.

—¡Dios, no apriete!... ¡Por los ojos no, que arden!—exclamaba *Nolo*, agarrándose al brocal, como si trataran de degollarle.

—Ya pasó todo,—decía Ana riéndose.

Y luego poniéndole la mano en el codo, empujaba la cabeza del rapaz hasta tenerla cerca del agua; dábale tres ó cuatro chapuzones, soltábalo, y *Nolo* pegaba algunos respingos y corcobos como un perro de aguas después del baño.

—Ya eres otro, *Nolillo*... Ahora se te puede besar...

Un día púsose *Nolo* muy serio y sin mirar á Ana, mientras con un clavo se

entretenía en hacer rayas en la pared, dijo casi entre dientes:

—*Tolete* diz que yo no tengo rispeto á naide... y que falto á toos... ¿usted qué diz?

—¿Yo?—contestó Ana.—Que no te falta nada de eso, *Nolillo*.

—Lo mismo que digo yo, ¡recontra! Pero él arrea ca morrá á mano vuelta...

—¿Y tú qué haces?

—Saltar patrás, por si hay madera...

—¿Qué es eso de madera, *Nolo*?

—¡Diez, y no lo sabe!—exclamó el granuja estupefacto.—Pues la estaca, señorita, la estaca... Quiero soltar una cosa... ¿Dígola?

—Dí lo que se te ocurra.

—Quiero oír toa la música que usted tié guardada... ¡Ya está dicho! ¡Amuélate, *Mandila*!

—Bueno; pues la oírás esta tarde. Quédate por el jardín... pero cuidado con subir á los árboles. Cuando yo te llame, dentro de una hora, subes en seguida...

En tanto que Ana y el niño sostenían este palique, doña Socorro, no lejos de ellos, regaba sus plantas favoritas y las escamondaba con unas tijeras.

—¿Qué hace papá?—preguntó Ana.

—Ahora ha llegado el correo... sube, sube por si le hace falta algo.

Todas las tardes la joven leía los periódicos á su padre, sin perdonar el artículo de fondo; verdad es que, á veces, hastiada de oirse á sí misma frases que no entendía, pasaba por alto los párrafos más enrevesados y enigmáticos, sin que el ciego lo notara. En cambio, cuando tropezaba con el relato de un crimen espantoso, no perdía ripio.

Aquella tarde, después de terminar tan escabrosa tarea, dijo á su padre:

—Quisiera tocar un rato; ¿te molestaré?

—Nada, hija mía.

Salió al balcón Ana, y

—Sube, *Nolillo*; pero límpiate los pies.

Apenas terminó la frase, ya estaba el chiquillo en el gabinete. Sentóse en el suelo, á respetable distancia del piano, y dijo:

—¡Ahora toa la maquinaria!...

—¡Toda!

Levantó Ana la tapa que cubría el teclado, y observó la sorpresa de *Nolo*,

que creyó ver abrirse la boca de un animalote aterrador.

— ¡La dentadura! — exclamó asombrado.

— ¿Qué te parece?

— ¡Por ahí canta! ¡Diez! — seguía *Nolo* como hablando consigo mismo. — ¡Échala, échala, bocona! — dijo alegremente dirigiéndose al piano, como si éste le entendiera.

— Pronto la echará, *Nolillo*, — contestó Ana llena de júbilo, tomando asiento en la banqueta. — Vas á oírle; verás, verás...

Y la joven tocó, tocó con entusiasmo. Parecía que bajaba á sus dedos un fluido misterioso, que pedía al piano acentos hondos, que dijeran algo sobre el amor; las teclas, electrizadas, respondían dócilmente, y vertían risas y lloros, que salían por el balcón abierto, atropellándose en el espacio y perdiéndose en las lejanías... El autor escogido al azar era Chopín... Ana olvidóse de *Nolo*, vivió en sí misma, oyendo notas, gozando de la hermosa sinfonía de su alma unida y enmarañada con el raudal de melodías que brotaba del instrumento... ¡Qué cosas decía aquella música! Era una voz ex-

traña que cantaba desde otro mundo, con arranques terribles que inspiraban al alma una fuerza brutal, un ardor sublime para amarlo todo. Parecía aquella voz la de un héroe, un personaje de músculos de hierro y alma tierna, que vivía escondido en un sitio ignoto entre las nieblas del misterio, y desde allí nos cantaba los milagros de su vida y las energías de su alma... A veces, este mistagogo hercúleo, que franqueaba caminos jamás soñados, como por arte endiabrado de encantamiento, trocábase en un sér blando, risueño, que también sabía hablar del amor apacible y sonreír como un bendito. Y parecía entonces un buen señor, ameno y dicharachero, que le gustaba vagar por los prados, oler las flores y recoger con cuidado todas las cosas que se les ocurren, cuando cantan, á los arroyos y á los pájaros.

Zambullida Ana en aquel hervidero de notas, que revoloteaban á su alrededor, halagándola y dándole sahumeros de poesía, maldito el caso que hizo de *Nolo*, el cual, como un lagarto hipnotizado, se fué poco á poco arrastrando por el suelo hasta ponerse á la vera del pia-

no, con el oído pegado al instrumento... Después el muy zángano quedóse dormido al arrullo de aquel oleaje de armonía. Las cosas estupendas que *Nolo* vió en sueños, no son para dichas, porque jamás Morfeo inspiró á nadie epopeyas más espeluznantes, ni aventuras más extraordinarias... Vióse, ¿dónde creerán ustedes? vióse en el patache, en el cual había navegado antes del naufragio; pero ¡diez! todo estaba de otra manera. En primer lugar, el patache era de color rojo, todo rojo, arboladura y casco; en la popa había dos sillones muy grandes, y en uno estaba sentado un señor que tenía la cara como una gaviota, y empuñaba una larguísima y descomunal pata de ganso marino, con la que ¡arreaba cada zurriagazo á *Nolo*! El otro asiento ocupábalo gravemente *Tolete*, el cual, reniego del pecado, si no estaba vestido de sacerdote, y el muy animal echaba por la boca toda clase de sapos y culebras, como si nada le importara la vestimenta... El único marinero que había era *Nolillo*; él solo para todo el tejemeje de á bordo... ¡y nadie echaba una mano!... Estaba lavando el suelo, y ma-

nejaba el lampazo con brío, bajo las miradas vigilantes del *señor gaviota*, cuando de pronto, el diablo, que no duerme, hizo que comenzara á oirse una música muy extraña en el mar; las olas cantaban cosas que daba gusto escucharlas, con un vozarrón que nunca se había oído... Dejó entonces la labor *Nolo*, y observó que sus compañeros estaban pasmados y medio lelos; y decía *Tolete* al *señor gaviota*: «Finómeno como éste, el demonio me lleve si lo han visto los nacidos... ¡Cristole! y desta, ó se acaba y embarulla el mundo too, ó yo no sé dónde tengo la mano derecha ni la zurda...»

Dejó de tocar Ana de repente, buscó al rapaz con los ojos, y vióle dormido al lado del piano; pero apenas se extinguió el rumor en la caja sonora estremeciése *Nolo*, se restregó los ojos, y dijo desperezándose:

— ¡Diez! el mar cantaba cosas de sustancia...

— Ya ves *Nolillo*, lo que es esta maquinaria. ¿Te gusta?

— ¡Si quisiera él cantar conmigo igual que con usted!...

—Acércate á ver...

El chiquillo oprimió una tecla con un dedo, y al ver que el piano no le desairaba bailó como un loco.

—Ya puedes decirle á la *Mandila* lo que has visto.

—Que se amuele...

Estando en esto, Ana oyó claramente un toque de silbato dado por el ciego, y dejando á *Nolillo* acudió con presteza á la habitación del enfermo. Lo halló en la cama vestido; hablaba débilmente:

—Tengo fatiga, me ahogo Ana... ¡No sé qué es esto, Dios mío!... Hace días que siento una opresión aquí, aquí en el pecho... Llama á Socorro.

Angustiada la joven al ver la cara lívida y sombría del anciano, bajó al jardín á llamar á su madre, y un instante después *Nolo*, más veloz que un corzo, avisaba á don Laureano, el médico del pueblo. Llegó el buen señor, y encerróse con el enfermo para examinarlo atentamente, mientras doña Socorro y Ana se quedaron en otra habitación gimoteando.

Nolo, que andaba por la casa sin que nadie se fijara en él, comprendió que allí ocurría algo muy serio; aquello de venir

el matasanos tan apurado y meterse en el cuarto con el señor, no le daba buena espina.

—¿Qué hará con él don Laureano? —pensaba *Nolo*.— A lo mejor lo raja por el ombligo, le saca las mantecas, y ya está... ¿Pero y después?... Después ¡ris, ras, pun! le güelve lo mismo que estaba...

Y andando cautelosamente, logró acercar los ojos á la rendija de la puerta del aposento misterioso, teatro de operación tan espantosa; vió á don José completamente despechugado, y al médico que le arrimaba el oído encima del corazón... De pronto incorporóse don Laureano, registróse los bolsillos y cuando *Nolo* estupefacto, esperaba ver relucir la hoja de un cuchillo descomunal... sacó el estetoscopio que el rapaz tomó por una trompeta.

—¡Diosla, va á tocar!...

Sintió *Nolo* entonces una mano poderosa, que agarrándole por la trasera del pantalón, lo arrastró hasta las escaleras. Quiso protestar, pero le dejó mudo la cara iracunda de *Tolete*, que se acercó á la suya hasta tocarle casi con los bi-

gotes, por debajo de los cuales salieron como bocanada de fuego estas palabras terribles:

—¡Tas llamado á morir á mano airada! ¡Crístole!



VIII

—Veremos, veremos... Por ahora no es cosa de cuidado... Cada dos horas la cucharadita esa, y mañana Dios dirá...— dijo don Laureano, y se despidió de doña Socorro.

Apoderóse del magistrado un aplanchamiento que le dejó sin pizca de energía. Amodorrado, vuelto hacia la pared, oía lo que hablaban en la habitación inmediata, oía el gorgoloteo del caño del patio, murmurando el soliloquio eterno que había escuchado él en su niñez. La imaginación del enfermo, aguijoneada por la calentura, sacaba á la escena mil hechos heterógeneos y raros; tan pronto entablaba un diálogo con una persona á quien don José no había visto hacía mu-